

## Por una evaluación alternativa de la docencia. Estudio de un caso particular de la enseñanza universitaria mexicana

(ARBESÚ GARCÍA, M<sup>a</sup> I. (2006). *La práctica de la docencia modular: el caso de la Unidad Xochimilco en la Universidad Autónoma Metropolitana*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco) – Plaza y Valdés)\*

José Luis Menéndez Varela

Universidad de Barcelona

[menendez@ub.edu](mailto:menendez@ub.edu)

Fecha de recepción del artículo: mayo 2008

Fecha de publicación: julio 2008

### Resumen

En el contexto de la reforma profunda de la educación superior, la lectura atenta de publicaciones como la que se presenta en esta ocasión se convierte en una actividad más que recomendable. Se trata de un libro en el que se recogen los principales resultados de una investigación sobre un modelo innovador de enseñanza universitaria que, en el último cuarto del siglo pasado, se puso en marcha en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. En concreto, desde una perspectiva cualitativa, se estudia cómo se aborda la práctica docente en dicho modelo y se reflexiona sobre modelos alternativos para proceder a una evaluación de la calidad de la enseñanza del profesor universitario. En esta noticia crítica, se dará cuenta particularmente de los presupuestos teóricos y metodológicos que condujeron el proyecto, lo que servirá además de excusa para recuperar algunas consideraciones centrales del debate actual sobre evaluación de la calidad docente.

**Palabras clave:** enseñanza universitaria, educación superior, evaluación de la docencia, análisis cualitativo, México.

### Abstract

Within the present context of the profound reforms in higher education, publications like the one under review here deserve our full attention. The book includes the main research results of an innovative model of university education introduced at the Universidad Autónoma Metropolitana de México during the last quarter of the previous century. Specifically, from a qualitative perspective, the book studies the model's approach to teaching practice and reflects on alternative models to assess the quality of university teaching. This review pays specific attention to the project's theoretical and methodological assumptions, and in doing so uses the opportunity to bring into focus some central questions of the present debate on teaching quality assessment.

**Keywords:** university education, higher education, teaching assessment, qualitative analysis, Mexico.

---

\* El presente trabajo es resultado del proyecto de investigación HUM2005-00245, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y co-financiado por el FEDER

Nunca viene nada mal alzar los ojos de la propia nariz: el horizonte es siempre bueno porque descansa la vista y porque, al mismo tiempo, agudiza la mirada. Inmersa como está, la enseñanza universitaria española, en un replanteamiento profundo de la mano del proceso de Bolonia, es tan importante la reflexión concienzuda sobre los asuntos propios como el escrutinio de iniciativas ajenas, sobre todo cuando estas confluyen en la misma senda y aportan más horas de viaje. Para un lector mal conocedor de las experiencias innovadoras mexicanas en esta materia, como es el caso de quien escribe estas páginas, el libro publicado por Isabel Arbesú García supone, antes que nada, un motivo de grata satisfacción y una media sonrisa de asenso, por si a alguien le pudiera quedar algún remilgo de etnocentrismo a este lado del Atlántico.

El libro en cuestión recoge los principales resultados de una investigación sobre la práctica docente dentro del denominado «sistema modular» propio de la Unidad de Xochimilco de la Universidad Autónoma Metropolitana de México (UAM, en adelante). Pero esto no es ahora el centro de interés; no por el momento: ya habrá tiempo más adelante. Puesto que lo que sorprende en primera instancia a este lector no es la metodología ni el rigor científico que muestra Isabel Arbesú en su trabajo, sino el contexto de su objeto de estudio. Es bien sabido que los fundamentos pedagógicos y didácticos que han desembarcado en la universidad europea en las dos últimas décadas principalmente tienen una larga, muy larga, tradición en otros ciclos de enseñanza. Pero lo que a uno le deja con la boca abierta es comprobar que en 1974 —año de la creación de la UAM— se implantó un modelo de enseñanza universitaria de rabiosa actualidad hoy y que, además, constituyó una de las primeras experiencias a nivel internacional. Un nuevo modelo que, como indica la propia autora, se aplicó a las 17 titulaciones de ciencias biológicas y de la salud,

ciencias sociales y humanidades, y un año después se extendía a las de ciencias y artes para el diseño.

Si resultaba obligado dedicar el primer capítulo del libro a explicar el «sistema modular», por constituir el objeto de estudio, en cambio, es de agradecer que esto se haya hecho calculando a conciencia el grado de detalle de la descripción y con una claridad expositiva digna de encomio. De una breve reseña histórica de la constitución de la UAM, se pasa a dar noticia de los fundamentos de la enseñanza en la unidad de Xochimilco, a las oportunas clarificaciones terminológicas, para concluir con un comentario suficiente de los perfiles del alumno y del profesor. Impresionan en particular sus principios pedagógicos y aun más al saberlos recogidos, negro sobre blanco, en documentos políticos fundacionales de esta universidad mexicana. Destaca por encima de todo el compromiso de la institución con el entorno social inmediato y cómo este compromiso se traslada justamente al centro neurálgico del proyecto educativo. Pero, lo que acaba por marcar definitivamente la diferencia es observar con qué determinación se busca su directa articulación práctica en la enseñanza y el aprendizaje. Es aquí donde adquiere todo su sentido una apuesta por la educación universitaria concebida a partir de la integración entre ciencia, enseñanza y aplicación social del conocimiento, lo que necesariamente conduce a la sustitución del principio de diferenciación disciplinaria como eje de la organización curricular clásica por el de interdisciplinarietà. Y, por si no se había hecho suficiente hincapié, conviene reincidir en el peso específico que nociones como interdisciplinarietà e integración de los conocimientos y las acciones educativas están adquiriendo en el modelo de enseñanza universitario que se está abriendo camino, desde las dos últimas décadas del siglo pasado, en el panorama internacional. Por su parte, el énfasis puesto en la aplicación del conocimiento a un problema social relevante —conjugado con la introducción de los problemas coti-

dianos como estrategia didáctica para favorecer el proceso de aprendizaje— sitúa al «sistema modular» en un lugar privilegiado por lo que se refiere a la educación integral del alumno, en la que las vertientes académica y profesionalizadora de la construcción cognitiva del conocimiento son completadas con las facetas personal y cívica. En este sentido, el modelo de Xochimilco se presenta como un lugar especialmente abonado para modalidades como la de aprendizaje-servicio que están siendo exploradas en los últimos años con buenas expectativas en lo que se refiere a sus resultados educativos.

No cabe duda de que este contexto implica y fomenta un perfil del alumno y del profesor que se encuentran totalmente en línea con el nuevo paradigma de la enseñanza universitaria. Y es aquí que la investigación llevada a cabo por la autora halla su específico objeto de estudio. Decir que el objetivo del proyecto es un análisis y una evaluación de la práctica docente integrada en el «sistema modular» de Xochimilco es, en honor a la verdad, decir poco. Y ello a pesar de que el envite, ya de por sí, no es cosa de poca monta. En efecto, en el ánimo de la investigadora está también la voluntad de entrar en un terreno harto difícil, y de hacerlo de un modo tan crítico como involucrado desde un punto de vista ideológico. En este sentido, hay que reconocer a Isabel Arbesú que haya decidido jugar con las cartas boca arriba: en su proyecto se halla explícito el empeño de reivindicar sistemas de evaluación de la actividad docente alternativos a los que son de uso común en la actualidad, y hacerlo sin medias tintas, arrojando todas las consecuencias. Pero —y este es un aspecto crucial sobre el que se volverá más adelante—, no puede olvidarse que dicha reivindicación es un elemento sobrevenido, sin duda, pero colateral al objetivo preferente de su investigación.

El primer paso es someter a examen los modelos de evaluación de la educación superior tal y como estos han cuajado en el sistema universitario mexicano, para centrarse a continuación en el modo específico que la evaluación de la calidad docente ha adquirido en la UAM. He aquí la materia del segundo capítulo, en donde Isabel Arbesú despliega el grueso de su crítica y su actitud beligerante. Su postura no deja lugar a dudas respecto a la evaluación de la educación superior generalizada en México desde finales de la década de los 80 del siglo pasado; un sistema que, dicho sea de paso, no difiere en muchos aspectos de los predominantes en muchos otros países. Como era esperable, se trata de una evaluación desarrollada básicamente sobre una metodología cuantitativa y centrada en la obtención de indicadores de rendimiento que se asocian de manera directa a una financiación de la universidad según un modelo de concurrencia competitiva —esto último tiene una incidencia especialmente gravosa en el sistema universitario mexicano. Los efectos de tal sistema evaluador ya son ampliamente percibidos. En primer lugar, la desconsideración de los contextos socioeconómicos particulares en los que se inserta cada una de las instituciones ha llevado a una ampliación de la brecha financiera entre universidades que ha perjudicado a las más necesitadas. En segundo, un aumento exponencial de la burocratización, lo que ha multiplicado los costes del proceso y desvirtuado la finalidad del mismo. En tercero, las —a día de hoy— certezas de que este modelo evaluador no redundará en una mejora sustancial de la calidad de la educación. En efecto, no solo queda fuera de los procedimientos el núcleo del proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que ni siquiera se ha clarificado la propia noción de calidad educativa. Para más inri, ni siquiera se analizan las causas de los indicadores de rendimiento utilizados. La pobreza de la información que el proceso evaluador devuelve a los agentes implicados —principalmente las universidades, profesores y alumnos— imposibilita una reflexión sobre la acti-

vidad docente que se halla por fuerza en el origen de una auténtica mejora de la calidad educativa y, en consecuencia, refuerza la sospecha de que las evaluaciones se orientan fundamentalmente al control por parte del Estado de la institución universitaria en general, y de la educación superior en particular.

A continuación, Isabel Arbesú pasa a analizar el sistema de evaluación de la calidad docente de la UAM. Tiene razón la autora sobre la conveniencia de detenerse en este detalle: si incluso la Unidad de Xochimilco es sujeto de una evaluación similar, habida cuenta de su innovador modelo de enseñanza y de que este se encuentra auspiciado por la propia misión educativa institucional, es que algo espurio a la mejora de la calidad de la enseñanza y el aprendizaje anida en estos sistemas evaluadores. Y los hechos acaban por imponerse. El reconocimiento a la labor docente que la propia UAM otorga a su personal académico se concede principalmente sobre la base de una encuesta de opinión al alumnado. El fondo del problema reside en la inadecuación de los cuestionarios utilizados en el proceso. Por encima de todo sorprende que los cuestionarios no sean sensibles a las especificidades del «sistema modular», lo que supone una auténtica incongruencia con la política educativa institucional en la medida en que dicho sistema constituye la seña de identidad de Xochimilco. Refiere la investigadora que, a pesar incluso de algunos intentos de incorporar fórmulas alternativas de evaluación en los cuestionarios, estos terminaron por diseñarse según la clásica secuencia de preguntas cerradas de opción múltiple con escalas ordinales de intensidad, con el fin de conocer la opinión del estudiante acerca de la organización del proceso de la enseñanza y de un desempeño docente concebido a partir del cumplimiento institucional del profesor.

Todas estas consideraciones llevan a Arbesú a propugnar un cambio en el enfoque de la evaluación. Si la

finalidad de estos programas e instrumentos es la mejora de la enseñanza universitaria, la premisa irrenunciable es priorizar aquella metodología que aborde sin tapujos la complejidad del proceso educativo. Y esta misma dificultad intrínseca es la que obliga a dar cuenta de lo que ocurre en el aula, con el fin de favorecer en los individuos la comprensión, reflexión y mejora continuada de lo que allí acontece. La propia investigadora menciona dos autores de referencia —M. Scriven y R. E. Stake— para, de este modo, refrendar el horizonte teórico general en el que se sitúa. No obstante, no debe inferirse de estas referencias que su trabajo deba ser inscrito en el ámbito de la metaevaluación; en su caso, el objetivo y su aportación principales no se hallan en el campo específico de la teoría de la evaluación sino en el terreno del análisis cualitativo de la didáctica universitaria.

Hay varios factores que corroboran esta apreciación. En primer lugar, no es nada anecdótico que la autora subraye el perjuicio que la inexistencia de una historia del ejercicio docente, entendida en su vertiente más empírica, representa en el reconocimiento social de la actividad académica. Y, en este sentido, debe también interpretarse la constatación de que la práctica docente específica del modelo educativo de Xochimilco ha sido muy poco estudiada hasta la fecha. Por lo que a este aspecto se refiere, la investigación de Arbesú es un acto de coherencia y una contribución importante a esta urgente necesidad de disponer de un registro y un análisis sistemático de la actividad profesional del profesor universitario. En segundo lugar, se imponen las propias palabras de la autora en la definición de los objetivos de su trabajo: «conocer, comprender y evaluar, con la participación de los profesores,» la práctica docente de Xochimilco (pág. 9). De hecho, habla por sí sola la propia estructura del libro, en la que el capítulo central y más extenso se dedica pormenorizadamente a la descripción y al análisis de la práctica docente de esta uni-

dad. Y, por si persistiese alguna duda, Isabel Arbesú explicita que es un objetivo complementario de su trabajo el ofrecer argumentos para reorientar las políticas actuales de evaluación de la docencia (pág. 62).

Por estas razones, no debe tomarse la obra de Arbesú como un nuevo ejemplo, en el campo de la evaluación, de la vieja confrontación metodológica entre las posturas cuantitativas y cualitativas; una pugna que si bien dio frutos importantes en un comienzo, por su incidencia en la afinación de los instrumentos respectivos, ahora se presenta como un debate estéril. En efecto, una vez que ambas metodologías han reconocido la verdadera naturaleza de sus resultados —constituir evidencias que sustentan determinados juicios— el centro de la reflexión se ha desplazado de lo estrictamente técnico a lo político. Las preguntas centrales giran ahora en torno al qué y el porqué de la evaluación, a lo que no es ajena la interrogación sobre el hasta qué grado del análisis. Desde esta perspectiva, el que quizá sea el único reproche a las afirmaciones de Arbesú es que su toma de partido en ocasiones la empuja lejos de posiciones más matizadas y tal vez más fructíferas en la interpretación de estas cuestiones. Pero nótese que este escrúpulo nada tiene que ver con una reivindicación de la distancia teórica que una concepción clásica de la investigación exigía al estudioso: ya se sabe que hay no pocas pieles de plátano en este terreno de la distancia crítica. Por otro lado, no conviene extraviar el contexto a la hora de sopesar los juicios: la contundencia de algunas afirmaciones de la autora deben interpretarse muy posiblemente a la luz de la escasa presencia que el análisis cualitativo tiene todavía en la evaluación mexicana de la calidad de la educación superior. La inexistencia de un panorama metodológico más equilibrado bien podría hacer necesario elevar el tono de la polémica.

Sea como fuere, parece conveniente atemperar la crítica sobre la ineficacia de procedimientos cuantitativos, del tipo de las bien conocidas encuestas de opinión al alumnado, en lo concerniente a la mejora de la calidad. En no pocas ocasiones, se pasa por alto que estos instrumentos pueden y deben orientarse también hacia la mejora de los procesos. Sobre la pertinencia de este enfoque no hay prácticamente pronunciamientos en contra. En efecto, no parecen existir muchas otras alternativas una vez admitido que la propia complejidad de la enseñanza-aprendizaje imposibilita una evaluación cabal de sus resultados, máxime cuando la moderación de los costes y la consiguiente utilización de los recursos según criterios de eficacia se convierten en unas exigencias insoslayables. Para decirlo con total claridad: que cuestionarios como el establecido en la unidad de Xochimilco no entran en el fondo de la calidad de la enseñanza es un hecho indiscutible. Sin embargo, otra cosa muy diferente es predicar que en nada contribuyan a la mejora de dicha calidad. Es opinión de este lector que cualquier reflexión sobre la evaluación exige situar en lugar bien visible la dimensión política del fenómeno; lo contrario, esto es, escamotear su fondo ideológico y las fórmulas de control que porta consigo, sería pura ingenuidad. Por eso, tiene sentido el cultivo esmerado de una sociología de la educación —también específicamente de la educación superior— cuya mirada salga y entre en la institución universitaria a fin de identificar —e incidir sobre— las categorías y prácticas sociales concurrentes.

Es en exceso simplificador interpretar la imposición por parte del Estado de unos sistemas evaluadores desde la perspectiva *exclusiva* de un control a contrapelo sobre la institución universitaria. También debe examinarse atentamente el status quo de dicha institución y sus posibilidades reales, en cada momento, de promover y llevar a cabo las reformas y ajustes que le exige la sociedad. Para centrarse en la materia concreta que ocu-

pa estas páginas, es un hecho lamentable que cuestionarios de opinión sobre la calidad docente como los de Xochimilco predominen en las universidades. Es lamentable que se concentren sobre todo —o únicamente— en el nivel organizativo y el desempeño institucional del profesor, dejando lo importante en el tintero. Pero uno debe interrogarse sobre qué más es lamentable. Tal vez la respuesta a esta pregunta explique también cómo es posible que a una unidad como la de Xochimilco, con un proyecto educativo tan avanzado, le caiga tal sambenito. La implantación de los sistemas de garantía de la calidad debe ser juzgada como un proceso difícil, largo en el tiempo y articulado en diferentes fases. No conviene engañarse: el pentagrama apenas ha recogido los primeros compases y el edificio se construye desde los cimientos. Que las encuestas de opinión del alumnado hagan hincapié en cuestiones como la existencia de un programa de asignatura en el que estén bien detallados los objetivos, el tipo, secuencia y duración de las sesiones, el sistema de evaluación, y unos materiales didácticos básicos como puede ser la bibliografía; que en estos cuestionarios se sondee la valoración del alumno sobre el dominio de la materia por parte del docente, el cumplimiento del programa o las tutorías, el clima de trabajo que se establece en el aula, o incluso las horas de clase impartidas, la asistencia y puntualidad del docente, es francamente pobre. Pero es pobre por lo que tiene de básico. Sin embargo, lo básico es también indispensable en lo concerniente a la mejora de la calidad educativa. Una vez más. Es lamentable la existencia de estos cuestionarios. Colma la paciencia el comprobar el desequilibrio que supone poner tanto énfasis en las preguntas relativas al cumplimiento institucional. Pero —hay que decirlo— también es escandaloso lo que Isabel Arbesú ha recogido en su libro (pág. 214) acerca de una utilización perversa de los principios que sustentan el «sistema modular». En su investigación, se patentizó que «algunos» docentes incurrieran en tasas elevadas de absentismo laboral

injustificado, amparándose en un uso impropio de tales principios. Las implicaciones deontológicas y educativas de este proceder son tan claras que no merecen detenerse más en el asunto. Y no conviene errar el tiro: este incumplimiento flagrante de las propias responsabilidades son solo la punta del iceberg, la manifestación más visible e imperdonable de un problema muy serio que afecta al descrédito de la actividad docente en la institución universitaria, y que exige constituirse en objetivo prioritario y recibir las soluciones pertinentes. Porque este descrédito subyace, por fuerza, en actitudes reprochables de muy diversa índole presentes en todas las universidades. Y el corolario de la investigadora todavía resuena entre las páginas del libro: si de algo han servido estos lamentables cuestionarios es para poner fin al escándalo.

Hay que revalorizar lo que ocurre en el aula; hay que registrarlo y analizarlo con la participación del docente, mediante un diálogo constructivo orientado hacia una mejora cooperativa de la calidad de la enseñanza y el aprendizaje. Aquí está la médula ósea de la investigación de Arbesú, que se concreta en la unidad de Xochimilco de la UAM. Desde las coordenadas de la etnografía, la autora desarrolla un análisis cualitativo siguiendo una metodología de estudio de caso múltiple. Lo primero que debe ponerse de relieve es la meticulosidad con la que la investigadora aborda la determinación del marco metodológico, lo que la lleva incluso a asomarse a las raíces filosóficas que subyacen en la concepción contemporánea de las ciencias sociales. Pero —y esto es algo que debe quedar bien claro desde el principio— este hecho debe tomarse como una muestra de esa preocupación de Arbesú por hallar referentes teóricos a su trabajo, y nada más que eso. Puesto que no se puede exigir a este libro una reflexión concienzuda sobre horizontes muy alejados de su finalidad inmediata. Este interés la mueve a remontarse nada menos que hasta las poderosas etiquetas de la

fenomenología y la hermenéutica; antecedentes maestros y polifonía de discursos que constituyen, con el añadido de los existencialismos, el punto de partida de casi cualquier ejercicio del pensamiento desde el siglo XX.

Es cierto que la afirmación husserliana de la historicidad y la facticidad como fundamento del pensar filosófico desde el «mundo de la vida» y «las cosas mismas», y la sustitución de la búsqueda de la explicación por la del sentido, constituyen el subsuelo de las actuales ciencias sociales. Como también lo constituye la idea gadameriana del mundo y lo humano como contingencia hermenéutica, que obliga a —tanto como posibilita— un proceso interpretativo interminable en diálogo con la tradición, en el que se resume todo sentido posible. O —por recuperar el segundo filósofo citado por la autora— lo mismo podría decirse de esa identidad narrativa del sujeto característica de Ricoeur, producto de un desplazamiento de la centralidad de la conciencia al otro lado del *cogito*, sin que por ello nunca quede completada su definitiva destitución. De hecho, todavía no han sido satisfechas todas las deudas que, particularmente los enfoques más cualitativos, tienen con estas amplias corrientes filosóficas. Sin embargo, no puede aquí pasarse por alto que la poderosa especialización del discurso filosófico contemporáneo —resultado directo de su coherencia hermenéutica: la filosofía dialoga antes de nada con filosofías— convierte la empresa de iniciar una contabilidad filosófica de los saberes sociales en una tarea ingente.

Incluso el abordar un paso intermedio como es el de dar cumplida noticia de las relaciones evidentes entre el marco teórico en el que se mueve la investigadora y las aportaciones de A. Schütz no es tarea fácil. Arbesú ha visto claramente los préstamos existentes entre la sociología fenomenológica de este autor y el legado de E. Husserl, por un lado, y las aportaciones de M. Weber a

las «ciencias del espíritu» o «ciencias culturales», por otro. Pero también habría que añadir los contactos de este autor con el pragmatismo estadounidense, especialmente con el de W. James, por cuánto esta corriente ha supuesto en la fundamentación de una parte muy significativa de las metodologías ampliamente utilizadas en la práctica actual de las ciencias sociales. Algo similar acontece con la mención que Isabel Arbesú hace de la New Narrative Research in Education, aceptando el reto de las críticas que este enfoque ha recibido en relación con los problemas de legitimación y representación —bastante más serio que el de representatividad— que entraña la eliminación de cualquier diferencia entre texto etnográfico y narrativa personal. En el fondo, a partir de la recuperación de la crítica de la neutralidad del sujeto investigador deudora del racionalismo crítico de K. Popper, la reivindicación polémica que propugna este enfoque de las historias de vida, de las narraciones autobiográficas, de incluso la fusión entre discurso disciplinario de las ciencias sociales y el texto literario, entronca de lleno con el desmentido del sujeto moderno que llena millares de páginas del discurso filosófico contemporáneo. Mal explicado: si la ontología existencial del sujeto se resume en su arrojamiento a la contingencia de la historia vivida en la que todo sentido adviene de un ejercicio hermenéutico provisional. Si ello supone una apertura específica de la intersubjetividad y la mediación. Si la reflexividad racional es puesta en entredicho pero nunca de manera definitiva para proceder a su sustitución y a una consiguiente recalificación del sujeto. Si se abre espacio a un *lo otro* del sujeto tan significativo como escurridizo —presente en el *objeto a* del Lacan postestructuralista, en el *resto* derridiano y en el *esquizo* deleuziano— entonces, de estas filosofías deambulantes se concluye la *desterritorialización* de los saberes y los discursos, y la naturaleza por fuerza idiosincrática y móvil de los textos. El proceder de la nueva narratividad es un buen ejemplo de esa estrategia —que no método— deconstructiva de

Derrida y, después, de ese «hacer rizoma con el mundo» de Deleuze.

Esa prolijidad metodológica sobredicha de Arbesú es tanto el instrumento como el contrapunto de su apuesta por integrar en su investigación las voces de los profesores, de los alumnos, de otros investigadores del campo de la educación, de ella misma. Voces, palabras y opiniones que se proponen de consuno mirar lo que se tiene entre manos en el aula. Su esmerado cuidado de lo propiamente técnico es tanto un reconocimiento de lo disciplinario como la oportunidad de ensanchar sus horizontes con los aportes más recientes. La calculada selección de los profesores involucrados en la investigación para minimizar el riesgo siempre presente de no alcanzar la saturación teórica, la planificación detallada del trabajo de campo y el tiempo que le fue dedicado, la utilización bien estudiada de una multitud de técnicas de registro perfectamente ajustadas a la naturaleza del proyecto investigador, el análisis pormenorizado y sistemático de la información recopilada, la continua atención prestada a aspectos centrales en este tipo de estudios como son la validación empírica o triangulación teórica, convierten su investigación no solo en un resultado de indudable interés sino también en un trabajo conducido de una manera impecable.

Todo lo anterior habla del conocimiento del oficio por parte de la investigadora. Pero hay otro aspecto que no debe ser pasado por alto. Se sabe que también el aspecto deontológico desempeña un papel de primer orden, en particular en el análisis cualitativo. Pero, en no pocas ocasiones, la dimensión ética queda reducida a una exigencia metodológica más. Algo francamente decepcionante para este lector. Y este aspecto resulta todavía más sensible cuando la concepción del estudio contempla la participación de los sujetos involucrados más allá de su rol de informantes para convertirse en auténticos colaboradores en la realización del proyecto,

como es este el caso. A juicio de quien escribe estas líneas es ahí en donde la autora brilla a más altura. Más que leer —y si se permite la metáfora— hay que respirar el capítulo cuarto del libro, y prestar atención a las líneas que extractan algunos registros de observación, pero tal vez más aun a lo que acontece en sus interlineados. Porque, dicho de modo prosaico, allí se percibe un más allá del oficio.

Por último, Arbesú concluye la obra con un último capítulo dedicado a los principales resultados de su investigación. Es entonces cuando se pone plenamente de manifiesto que el objetivo de su trabajo iba bastante más allá de la presentación de un modelo educativo innovador y de un análisis descriptivo de la práctica docente que le resultaba propio. Por si la ausencia de estudios similares dedicados al «sistema modular» de la unidad de Xochimilco no fuera suficiente; por si tampoco lo fuera su reivindicación de sistemas alternativos de la evaluación de la actividad académica, la autora demuestra su firme compromiso con la institución de la que forma parte emprendiendo un examen crítico con vistas precisamente a su mejora. Así, a partir de la identificación de los aspectos comunes observados en la práctica analizada, se detiene en algunos problemas detectados para, a continuación, hacer hincapié en las limitaciones del modelo teórico que deberían recibir urgente atención. Para ello, cierra el libro con unas recomendaciones de notoria importancia que, sin embargo, no reciben el desarrollo merecido. En efecto, el grado de concreción de las medidas propuestas permite hablar ya de unas claras líneas de trabajo a seguir, que despertarán no poco interés en el lector. Pero este habrá de resignarse a quedar en ascuas y a expensas de lo que dicte la autora en el futuro. Toda una provocación para la paciencia. A la espera de acontecimientos, vaya por delante una obviedad, porque es muy cierto que lo obvio, por esperado, no siempre se cumple: este es un libro para leer.